PRESENCIA DE HERMANN HESSE

A los cien años de su nacimiento, el 2 de julio de 1877, la obra de este escritor alemán, contemporáneo de Thomas Mann, Rilke y Musil, nos sorprende por su difusión en Europa, a la zaga del éxito de público en Estados Unidos desde los años sesenta. Hasta el punto de haberse dedicado un libro al estudio de su influencia mundial [1]. Como señala José María Carandell en su acertado prólogo a *El último verano de Klingsor* [2], aunque las tiradas más espectaculares de ciertas obras suyas se dan a raíz de su adopción por los «beatniks» y «hippies» norteamericanos, Hesse ha tenido anteriormente dos épocas de popularidad extraordinaria, por encima de su mediano pero constante éxito en Alemania. La primera con la publicación de su novela *Demian,* de 1919 [3], que entusiasmó a la juventud alemana más rebelde de la posguerra, la «Jugendbenegung», la cual valoraba también la valiente y solitaria postura antibelicista mantenida por Hesse durante la «Gran Guerra». La segunda, al terminar la Segunda Guerra Mundial, cuando Hesse recibe el premio Nobel en 1946, y entre los existencialistas parisienses se le exalta por la afinidad con ellos de sus personajes marginados y críticos. Fue entonces cuando se le empezó a leer en nuestro país. Pero es en los últimos años cuando en España, como en Europa, se produce el fenómeno de las ediciones masivas, cuando la juventud, atraída por la contracultura norteamericana, se pone a leer con avidez a un autor cuya defensa de la espontaneidad del individuo frente a las normas coincide, por otra parte, con la fase antirrealista de la literatura española última.

Lo curioso es que Hesse apenas pudo ver, en los años cercanos a su muerte, ocurrida en 1962, el comienzo de su inesperado renombre en Estados Unidos, con tiradas de diez millones de ejemplares de *Siddartha.* Ni el mismo Jack Kerouac, cabeza de la generación «beat», llegó a ese número con *On the road.* Era la época en que *Siddartha* y *El lobo estepario* eran declarados «textos sagrados» por los «hippies» e incluidos en

[1] GOTTFRIED GUMMERER: *Hermann Hesse-weltweite Wirkung,* Suhrkamp Verlag, julio 1977.
[2] Editorial Planeta, Barcelona, 1976.
[3] Hay traducción española en Alianza Editorial (6.ª ed., 1976), además de la de la edición de *Obras completas* de Aguilar, en 4 volúmenes, de 1972.

su escaso y heterogéneo pero fervorosamente leído repertorio contracultural. Los héroes de Hesse, desarraigados y vagabundos como los de Kerouac, sirven de modelo a una juventud que se opone, durante la escalada de la agresión norteamericana en Vietnam, a todo el sistema consumista e imperialista que los envuelve.

Al éxito de público en Norteamérica, Japón y Europa se une una importante actividad conmemorativa de su centenario, como por ejemplo, y limitándonos a Europa, la reunión en Marbach, donde existe el mayor archivo hessiano, con la asistencia de críticos del rango de Hans Mayer; las celebraciones y simposios en su pueblo natal Calr (Württemberg), Alemania, y en el lugar que escogió para residencia definitiva y donde reposa, Montagnola (Tesino), Italia. En Lugano, la capital del cantón Tesino, junto a la que se halla el pueblecito Montagnola, ha tenido lugar una gran exposición de documentos sobre su vida y su obra, que, organizada previamente en Zurich, será exhibida en Alemania y Francia. En España, los principales periódicos y los semanarios más críticos se han ocupado del centenario. En conjunto, la importancia del fenómeno Hesse, ante todo como éxito de público, es mucho mayor que en los años en que recibía el Premio Nobel (1946) y el Premio de la Paz de los libreros alemanes.

Esto nos invita a un replanteamiento y a una búsqueda de su auténtico valor ante el complejo panorama de alternativas de olvido y de éxito entre los públicos más variados. Para muchos críticos y lectores radicales, especialmente en el campo marxista, algunos caracteres de los personajes hessianos, como la tendencia a la evasión, el individualismo anárquico, la búsqueda de una realización personal a nivel erótico y estético, invalidan la obra de Hesse, que es considerado inútil para una transformación efectiva de la sociedad. Pero esta opinión es simplista. El problema de la valoración de la obra hessiana es complejo, lleno de ambigüedades, y requiere una relectura cuidadosa y lenta. Para empezar este replanteamiento hay que tener presente el contexto histórico y literario en que se movió, en los años de crisis de la cultura occidental en torno a la «Gran Guerra». Porque Hesse fue influido por Nietzsche de modo decisivo, y sus grandes libros, los de los años veinte, presentan una crítica y una alternativa al humanismo burgués, que se veía amenazado en sus cimientos. Es la época en que *La decadencia de Occidente* (1919), de Spengler, da el tono. Hay una conciencia general de crisis, una «Untergangsstimnug». La guerra es también el elemento de transformación para Hesse y lo que separa su etapa juvenil de la de madurez. En 1914 se pone en cuestión el modelo humanístico en que la burguesía, en continuo ascenso durante el siglo XIX, habrá puesto el fundamento de sus valores culturales. Se pone de manifiesto la contradicción entre una con-

cepción abstracta, idealizada, del hombre, y la condición real del hombre concreto, despersonalizado, llevado a una lucha mecanizada en que sucumbe ante los intereses de un capitalismo que no era ya capaz de continuar su finalidad de lucro sin emplear la violencia. El sacrificio de millones de seres humanos con que se abre el siglo XX contradice la concepción humanística de la dignidad y sacralidad del hombre, que es, después de la secularización operada por Kant, el fundamento oculto del humanismo burgués.

En esta época de desvalorización tremenda del hombre concreto, cuando se hunden todos los modelos humanísticos ante la realidad de la guerra, la aportación de Hermann Hesse va a ser importante. Porque en su búsqueda de un nuevo humanismo va a enlazar con las líneas centrales de la crítica surgida desde fines del XIX. Empezando por Nietzsche, que se presenta como destructor del humanismo cristiano-burgués, en una premonición de lo que se haría evidencia con la «Gran Guerra». El hombre (tal como es en su masificación y su mediocridad) ha de ser superado. Nietzsche invita a la autosuperación («Selbstüberwindung») y destruye valores, no por puro nihilismo, sino por afán regenerador. Su antihumanismo es una crítica saludable. Hesse leyó a Goethe y a los románticos alemanes en su adolescencia. Se podría ver su influjo en la primera etapa de la obra hessiana; Goethe fue un modelo que le absorbió en los años más tiernos de su formación intelectual, cuando devoraba la nutrida biblioteca de su abuelo materno. Pero es probable que del autor clásico el joven Hermann tomara más a pecho lo accidentado de su vida amorosa, su vitalidad, que el aspecto sereno de su espíritu olímpico. Y, sobre todo los románticos, Jean Paul, Novalis, le revelan su propio mundo; porque las influencias profundas se producen sólo cuando despiertan un eco en las apetencias ya existentes del escritor. De ahí que la crítica menos reciente haya atribuido a Hesse, y es indudable, una componente romántica, con su autobiografismo, su culto del yo, su aislamiento ante el paisaje y su tendencia a la evasión. Pero hay mucho más, y el hecho de que actualmente sea el autor alemán más leído en el mundo es un desafío a toda esa crítica rutinaria. Hay en la etapa de madurez de Hesse una profundidad en la puesta en cuestión de los valores de nuestra sociedad, una originalidad en sus soluciones y actitudes, y una fluidez para la comunicación de su mensaje, que le hacen merecedor de estudios más serios, como los que van apareciendo últimamente.

En todo caso, lo más romántico de su trayectoria se encuentra en sus primeros libros de versos: *Canciones románticas,* 1899, y novelas como *Peter Camenzind,* 1904, anteriores a sus treinta años. Y su obra de madurez, publicada después de 1918, contiene un influjo importante de Nietzsche. Es a ésta a la que hay que dedicar una atención cuidadosa,

por su puesta en cuestión de la cultura occidental en aquellos años de crisis en que apareció *La decadencia de Occidente* (1919) de Oswald Spengler. Y por volverse hacia la sabiduría oriental como hacia un complemento necesario y punto de partida de un nuevo humanismo para Europa. Por último, la lectura de Freud y de Jung, quien llegó a hacerle personalmente un tratamiento psicoanalítico, le da otro básico punto de apoyo para su intento de un humanismo integrador.

En lo literario, Hesse es un típico representante de su país, en cuanto que lo más significativo de la novela alemana de su tiempo se ocupa de la formación de la personalidad y la exploración de su destino, es «Bildungsroman». Como en Robert Musil y en Thomas Mann, pero con una dimensión autobiográfica más acentuada. Hesse siguió su propio camino, alejado de las modas literarias, que, sin embargo, no podían dejar de condicionarle. A sus veinte años, en 1897, triunfa el naturalismo en Francia (Zola, *Los Rougon-Macquart,* 1871-73) e influye en Alemania, pero va a dejar paso al simbolismo, que se extiende por la Europa de fines de siglo. El iba a sintonizar naturalmente con el posromanticismo y a oponerse al talante positivista. En la biblioteca de su abuelo, durante los años difíciles de la adolescencia (que reflejará de muy cerca en algunas novelas) lee a los clásicos del XVIII y a los románticos. Después su obra correrá pareja en el tiempo a la de los simbolistas europeos: Verlaine, D'Annunzio, Wilde, Rubén Darío, Stefan George, Hugo von Hoffmannstahl y Rilke, este último más propiamente afín al simbolismo que Hesse. Por otra parte, se extiende en la literatura alemana el expresionismo, hasta que se agota hacia 1925, para dar paso a un movimiento opuesto, la «Neue Sachlichkeit» o «nueva objetividad», que busca el otro polo del subjetivismo expresionista: en él estarán Anna Seghers, Heinrich Mann y Werfel, que adopta este nuevo estilo. Hesse se mantiene aparte, dejando ver en sus obras un carácter posromántico e impresionista. Confiesa pocos influjos; además de Goethe, los románticos y Nietzsche, habla de Burckhardt, a quien admiró en su época de Basilea, y, por supuesto, de los textos sagrados indios y chinos.

Porque la asimilación de la sabiduría oriental se le facilita desde niño. Su padre, Johannes Hesse, fue misionero en la India, y a su vuelta trabajó en una editorial misionera de Calw. Su madre era hija de otro misionero en la India e indólogo, y había nacido allí. Hermann vivió desde pequeño un fervoroso y rígido ambiente pietista, que le iba a marcar en lo más hondo, haciéndole, por reacción, rebelde a toda disciplina y al mismo tiempo grabándole la orientación religiosa. A conciliar la antinomia entre lo represivo de su educación y la búsqueda de una religiosidad válida dedicaría lo mejor de su obra.

Después de una infancia que le nutrió de recuerdos felices, cercana

a la naturaleza, a los catorce años sufre la incompatibilidad entre su temperamento de artista y el ambiente del Seminario protestante de Maulbronn, adonde le habían llevado sus padres. Huye a los siete meses, expuesto a morir de frío mientras se ocultaba en el bosque nevado. La violenta crisis de su adolescencia se manifiesta en algunas cartas conservadas [4] y reaparece, con fidelidad autobiográfica, en obras como *Bajo las ruedas, Demian* y *Narciso y Goldmundo*. Después de meses y años difíciles, sin acabar sus estudios pero leyendo intensamente en la rica biblioteca de su abuelo, se empieza a estabilizar cuando ingresa, en 1894, como aprendiz en una fábrica de relojes de Calw. Sabía muy bien que sólo quería ser escritor, pero que se trataba de una carrera sin cauce de aprendizaje, sin seguridad de ningún tipo. Por fin encuentra un medio de integrarse en la sociedad sin renunciar a su vocación: de 1895 a 1898 trabaja en una librería de Tubinga. De vender y fichar libros pasa a reseñarlos y a escribir en periódicos y revistas, mientras continúa leyendo con voracidad. Y en 1899 se publica su primer libro de versos.

El mismo año se traslada a Basilea, que para él es, sobre todo, la ciudad de Jacob Burckhardt.

Sigue trabajando como librero, especializado en el anticuariado. Encuentra una atmósfera cultural y un círculo de amigos muy propicio para su tarea literaria. Continúa su ávido empeño de lector autodidacta, cambiando ahora sus preferencias, como nos dice en sus *Apuntes biográficos* de 1923:

> «Los primeros años de mis estudios privados los dediqué casi exclusivamente a Goethe, a sus escritos y a su vida. A partir de 1897 ó 1898 fue sustituido este culto por el de Nietzsche» [5].

La experiencia de la naturaleza es cada vez más importante para él. Pasa sus días libres en el lago de los Cuatro Cantones, da largos paseos, hace dos viajes a Italia, en 1901 y 1903, en buena parte a pie. Se enamora de Toscana y Umbría, hasta el punto de escribir un libro sobre San Francisco de Asís después de pasar unas semanas recorriendo los alrededores de Assisi. Esta manera de vivir, con la contemplación del paisaje y el vagabundeo como deseos más profundos, en busca del conocimiento propio, la transmite Hesse a sus personajes. Su obra autobiográfica *Escritos y poemas de Hermann Lauscher* interesa el editor Samuel Fischer, que le anima a escribir más. Cuando Fischer le publica en 1904 su primera novela *Peter Camenzind* [6], ésta consigue un éxito inmediato. El personaje principal tiene también mucho de autobiográfico, con

[4] Incluidas en el volumen *Obstinación*, Alianza Editorial, 1977.
[5] *Obstinación*, cit., págs. 17 y 18.
[6] Hay traducción española en Ed. Caralt, 1976, además de en la edición de *Obras completas* de la Ed. Aguilar.

la dimensión contemplativa, de soñador y vagabundo del autor (pero sin su laboriosidad). Le importa más a este héroe novelesco el contacto con montañas, animales y plantas que con los hombres. Como dice el propio Hesse:

> «Camenzind no quiere recorrer el camino de la mayoría, sino que se obstina en hacer el suyo propio; no intenta unirse y adaptarse, sino observar la vida y el universo de su propio corazón. No está hecho para la vida colectiva; es el rey solitario de un reino creado por él mismo» [7].

Peter Camenzind es sin duda una obra de tono romántico, con algo del pesimismo de Schopenhauer y una aceptación del dolor que debe estar influida por las lecturas orientales de Hesse. Y al final un sentimiento de fraternidad que impulsa al individualista Peter a recoger en su casa y dedicar todo su ocio a un amigo paralítico, con una actitud franciscana. El paisaje es un elemento esencial, no en su mera dimensión plástica, sino como comunicación a través de la belleza con la grandiosidad de un universo divino. El auténtico sentimiento de la naturaleza tiene que ser panteísta, como decía Unamuno, y el de Hesse lo es indudablemente. Su personaje Peter no contempla como un puro esteta, con distanciamiento, sino que se siente invadido por la solidez y riqueza ónticas de la naturaleza; comunica con ella como con un ser vivo. Otro elemento esencial es la introspección, característica romántica cultivada con mayor refinamiento en la época del simbolismo (recordemos a Rilke y a Machado); como para éste, la insistencia en la indagación de la interioridad lleva a una confusa galería de espejos; el autor de *Peter Camenzind* conecta con el talante de su época, con ese subjetivismo desasosegado que aparece, en su exceso, como síntoma de la crisis occidental.

Desde 1904 es un escritor conocido, y las ganancias de su novela le permiten casarse e instalarse en una casa de labranza solitaria, junto a un lago, donde nacerán sus tres hijos, de 1905 a 1911. Publica narraciones [8], poesía, y colabora regularmente en diarios y revistas. Se relaciona estrechamente con músicos que componen para sus poesías. Toca el violín acompañado por su mujer, pianista. Pero su personalidad no ha logrado una madurez profunda. Como dice él mismo en sus *Apuntes biográficos* (1923):

> «En Gaienhofen... pasé ocho años tratando de hacer una vida natural, activa, cerca de la tierra; cuidaba el jardín y tuve mis tres hijos. Fue la época burguesa de mi vida. Subterráneamente, sin embargo, me

[7] La traducción es mía (F. B. C.).
[8] *Bajo las ruedas* (1906) está traducido en Alianza Editorial (6.ª ed., 1976); *Gertrud* (1910), en México.

agitaban también una serie de problemas. De pura angustia interior emprendí un viaje a la India en 1911»[9].

El viaje a la India es la culminación de otros anteriores más cortos pero cada vez más frecuentes. Bajo la aparente estabilidad, su dualidad interior latía en espera de una resolución más abierta, que sólo llegaría tras largos años de lucha. Acompañado de un amigo pintor recorre el Sudeste asiático en su condición de europeo relativamente adinerado, lo que no le impide reconocer su culpabilidad como perteneciente a un país explotador:

> «Pero no puede negarse que con respecto a ellos el alma de Europa está negra de culpa y crímenes sin expiar. Los pueblos sojuzgados de los países tropicales están ante nuestra civilización como acreedores con derechos más antiguos e igualmente bien fundados que la clase trabajadora de Europa»[10].

También le impresiona la selva, pero sobre todo:

> «... la impresión más fuerte es la humana: el orden y la unidad religiosas de estos millones de almas. Todo el Oriente respira religión, como el Occidente respira razón y técnica»[11].

Sin embargo, el viaje, sobre el cual escribe un libro puramente descriptivo, publicado poco después, no le trae la liberación interior. El mensaje espiritual de India y China lo asimilaría mucho más tarde, a pesar de tantos contactos con él desde la infancia.

Va a empezar su crisis de madurez, que, después de la violenta de la adolescencia, le llega con ocasión del estallido de la Primera Guerra Mundial y de la enfermedad nerviosa de su mujer.

Desde el comienzo de la guerra Hesse adopta una actitud pacifista. El 3 de noviembre de 1914 aparece en un periódico de Zurich su artículo «O Freunde, nicht diese Töne» («Oh, amigos, no en estos tonos»), titulado como el primer verso de la *Oda a la alegría* de Schiller, que se canta en la novena sinfonía de Beethoven. Exhorta a los intelectuales alemanes a no colaborar en la psicosis belicista del momento. Pero después aparece su poema «Friede» (Paz). Esto produce una reacción violenta en la mayoría de los escritores y editores alemanes, que tachan a Hesse de antipatriota por oponerse a la exaltación de aquel monstruoso derramamiento de sangre. Muy pocos se ponen de su parte; en Francia Romain Rolland se hace amigo suyo por esto, y en Alemania Heuss y Hausmann. Hesse es muy alemán, pero se opone al país oficial por su

[9] En *Obstinación*, cit., pág. 18.
[10] En *Obstinación*, cit., pág. 69.
[11] *Ibid.*

belicismo. Le llueven los ataques en la prensa y por carta; pero él se mantiene firme y denuncia la proclividad al autoritarismo y a la agresión de su país, que se repetiría en los años treinta:

> «En resumen, la fe alemana que nuestro corresponsal profesa con tanto énfasis no difiere... de esa mentalidad burguesa cómoda, dependiente, fuertemente autoritaria, que se inclina ante cualquier ideal colectivo, contra la que luchó y protestó tantas veces Goethe, ante la que sucumbió Hölderlin, que ironizó Jean Paul y que denunció y desenmascaró con tanta furia Nietzsche» [12].

Por tanto, su anterior condición de «literato burgués, idílico y con éxito» se había convertido en la de un marginado. El peso de los ataques a su persona se unió a la toma de conciencia de la crisis colectiva europea, que es una evidencia por la brutalidad de la guerra, pero que ya latía en muchos escritores desde fines del XIX. Además, su mujer pasa temporadas en una clínica psiquiátrica. El matrimonio se deshará. El mismo Hesse sufre una depresión en 1916 ante tantas dificultades y se somete a una cura psicoanalítica por un discípulo de C. G. Jung y después por este mismo. Lee a Freud y Jung, y desde entonces el psicoanálisis es un elemento importante para la elaboración de su nueva visión del hombre. Toma conciencia de la necesidad de equilibrar los estratos profundos de la personalidad. Con todo, se entrega a la causa de los prisioneros alemanes, para los que organiza un servicio de lectura y una revista. Es la época de su novela *Demian,* fruto en parte del psicoanálisis. En ella la actitud del personaje es opuesta a la de Camenzind: cultiva su propia personalidad como valor supremo, sin el elemento de fraternidad que hay en aquél. En 1919 termina su servicio de asistencia a los prisioneros y se traslada solo al pueblecito Montagnola, cerca de Lugano. La estancia se convertirá en definitiva. Adopta la ciudadanía suiza y se instala en aquella aldea hasta su muerte. Vive allí un verano intensísimo ante el nuevo paisaje, del que es fruto *El último verano de Klingsor.* Se trata de un relato que inicia el ciclo de madurez, que va desde éste y *Demian* hasta *Narciso y Goldmundo.* Acababa de publicarse *La decadencia de Occidente,* y la literatura expresionista y las vanguardias responden a esta remoción profunda. Sin embargo, el relato no tiene ese típico «pathos de decadencia», a pesar de tener una estructura musical, en que alternan el tema de la plenitud del verano con el de la inminencia del otoño (y la muerte del protagonista). Klingsor ya tiene la sonrisa serena del que ha traspasado el período de dolor y de prueba, y que aparece también en *Siddartha.* No se trata de una elegía exquisita y decadente, aunque puede parecerlo a veces. La finitud se abre a

[12] «Carta de odio», en *Obstinación,* cit., pág. 136.

lo infinito, el pesimismo a la aceptación de la muerte. El pintor Klingsor, que en sus cuadernos transforma el paisaje con exaltación de colores expresionistas (como el mismo Hesse lo haría en sus acuarelas, expuestas hasta hace poco en Lugano) y que vive una intensa experiencia de amor, naturaleza y arte, aprovecha este último verano con esa apertura a la atemporalidad del instante que Hesse busca con ayuda de la sabiduría oriental. Hay una fascinación intensa en la breve narración que hace presentir los claroscuros de exaltación y de amargura que caracterizarán al *Lobo solitario* y a *Narciso y Goldmundo*; Klingsor acepta la «música del ocaso», del fin de su vida (que puede simbolizar el ocaso de toda la cultura occidental, desprestigiada con la guerra), como si no fuese la música de un final, sino la de un comienzo. En la obra de Hesse aparece el presentimiento de una unidad, una música superior a las impurezas del tiempo y a la crueldad de la existencia. La pérdida, la ausencia de posesión, se iluminan con nueva luz.

El nuevo humanismo que pretende lograr Hesse está abierto a la trascendencia en su aceptación del dolor y de la muerte, y en su entusiasta «sí» a la plenitud de cada instante. Su religiosidad, con un elemento panteísta de adoración de la naturaleza, es sincrética y ambigua pero auténtica. El mismo confiesa su profundo sentido cristiano, aunque con el talante atormentado e inestable del protestantismo; y, por otra parte, mucho más abierto al mensaje de las religiones orientales que sus abuelos. Dice en su *Diario 1920-21*:

> «Si me hubiera criado en una sólida tradición religiosa, por ejemplo, la católica, probablemente hubiera seguido toda mi vida en ella. Pero... era necesario que yo me criara en una religión rebelde, ardorosa, desdichada, efímera y autodestructiva, que yo mismo tenía que destruir con el primer despertar de la reflexión» [13].

En otro sentido, Ferruccio Masini hace una interpretación marxista de la crítica de la civilización contenida en las obras de Hesse y afirma:

> «Son los signos de la finitud (la creación, el cansancio, la exaltación y el dolor) que es amada (en Klingsor) por sí misma, por encima de los ideales eternos y de los universales abstractos de una razón absoluta...»

Y:

> «... A qué otra cosa brinda Klingsor con sus amigos, sino al acabamiento del afán de posesión para el burgués bárbaro-civilizado.» «... La voluntad de acabamiento de Klingsor es voluntad de mutación que... no busca soluciones estetizantes o panaceas idealistas, sino que se esfuerza por construir la certeza de un vivir humano que pueda bastarse a sí mismo por estar fundamentado en la plenitud del presente» [14].

---

[13] En *Obstinación*, cit., pág. 112.

[14] *L'ultima estate de Klingsor*. Saggio introduttivo e note di FERRUCCIO MASINI, Guanda Editore, 1977, págs. LVI y LVIII.

La mutación, el desarrollo interno de Herman Hesse en estos años de experiencia de la guerra y de adentramiento en el psicoanálisis que asoman en *Klingsor* van a tener una plasmación madura en *Siddartha* (1922) [15]. Aquí el autor aspira a realizar una síntesis entre Oriente y Occidente. Para él la idea de la unidad es la más sagrada: el mundo se le revela como una totalidad, una unidad divina en que el mal consiste en que los hombres no nos sentimos parte inseparable del Todo. El personaje Siddartha deja la casa paterna para indagar el misterio que es su yo, y acaba descubriendo que el yo no es el pensamiento ni la sabiduría adquirida, ni tampoco el cuerpo con su juego de los sentidos, sino una unidad, como el río que se encuentra en cada momento en todas sus partes, desde la fuente a la desembocadura. Busca la armonía entre los contrarios; «samsara» y «nirvana», ilusión y verdad, sufrimiento y liberación, han de ser asumidos en una unidad superior. Y no se trata de una fuga del mundo por la imperturbabilidad budista. Es importante ver que Hesse apura hasta el fondo la condición humana, asumiendo incluso las experiencias prohibidas o irregulares (característica ésta de la de «Bildun» o formación de los héroes hessianos); Siddartha vive durante años con la prostituta más refinada, Goldmund o «Bocadeoro» apura al máximo una vida de erotismo y vagabundeo, etc.

En 1927 aparece *El lobo estepario* [16], que explora el infierno de la crisis en que Hesse se había debatido, sin la presencia de la serenidad búdica como meta. Es un documento impresionante de la dualidad de un intelectual europeo de la época, «mitad lobo solitario y mitad pequeño-burgués», dividido entre la soledad del ser superior, demasiado libre e inteligente, y la nostalgia de seguridad cotidiana.

Se trata de una exploración de la multiplicidad interior del sujeto. Por un lado, la animalidad del «lobo» simboliza la dimensión de los deseos espontáneos, de los aspectos de la libido que se consideran incompatibles con la sociedad y se desvían hacia lo que es útil a ésta. Harry Haller, el «lobo estepario», se opone al mundo burgués que reconoce la creatividad sólo para «utilizarla» y se esfuerza por aprender únicamente un arte de vivir centrado en su propia realización interior. Se opone a toda interpretación preconstituida y abstracta del hombre, a todo humanismo ya acabado como un modelo. En el fondo, en esta escisión de la personalidad del «lobo estepario» se refleja la oposición a lo falsamente humano y la lucha por una liberación interior y la aspiración a un nuevo humanismo. Hay una continuidad con el afán romántico de exploración del lado nocturno, la «Nachtseite» de la persona, continuado por Freud y Jung. Y, según Masini, en esta destrucción de la creencia en el sujeto

[15] Traducción en Bruguera (14.ª ed., 1976).
[16] Hay traducción en Alianza (8.ª ed., 1975).

único e indivisible del humanismo burgués se rompe una noción ideológica caduca. Hay en Hesse, para él, un «antihumanista» que prepara una concepción integral del hombre, fuera de la noción, axial en la ideología burguesa, del sujeto como poseedor de objetos, poseedor incluso de sus propios atributos, cosificados, referidos a un centro artificial de unidad. La multipolaridad del hombre hessiano, su inserción en lo cósmico y su apertura al dolor y a la muerte lo colocan entre los que hacen posible un nuevo humanismo.

En 1930 aparece *Narciso y Goldmundo,* que tuvo más éxito en Alemania por su carácter no desgarrado y su intención de llegar a una armonía de los contrarios. Es posible una lectura superficial y placentera de esta espléndida novela que narra la trayectoria vital de dos amigos, artista y sensual el uno, intelectual y disciplinado el otro, que apuran su propio destino sin dejar de ser ellos mismos, pero teniéndose mutuamente en cuenta y desembocando en un reencuentro final. En las vidas del artista donjuanesco y desarraigado y el monje filósofo ve el mismo valor, en oposición a la dicotomía platónico-cristiana entre un mundo perfecto y trascendente y otro degradado. Hay una muestra más de la pretensión hessiana de totalidad, de integración de polaridades en una unidad cósmica y en una aceptación de la «culpa» que es la finitud.

Es imposible aquí comentar, siquiera brevemente, la extensa obra de Hesse; sus obras más significativas son las ya mencionadas, que responden a su época de plenitud. En su vida, la instalación en Montagnola supone un factor de estabilidad, así como su tercero y definitivo matrimonio con Ninon Dolbin (después de uno efímero con Ruth Wenger, hacia 1925), que le acompañará fielmente desde 1927 hasta su muerte en 1962. Al desarrollarse el nazismo, Hesse se le opone y acoge a los compatriotas exiliados, Thomas Mann, Robert Musil y Bertold Brecht. En 1946 recibe el premio Goethe y el premio Nobel, y en 1955 el premio de la Paz de los libreros alemanes. Se compensa así la feroz persecución de que fueron objeto su obra y su nombre en Alemania hasta la caída de Hitler. En 1943 también aparece la obra cumbre de su tercera etapa, *Das Glasperlenspiel* (*El juego de las perlas de vidrio o abalorios*), que responde a la concepción armoniosa de su vejez, que no excluye la oposición de los contrarios ni los funde, sino que los acepta en su diversidad, reconociendo una unidad superior. Construida con sentido musical, como el *Doctor Fausto* de Thomas Mann, presenta un mundo utópico, desde el que ironiza sobre la civilización contemporánea, pero sin el sarcasmo de Mann. El *Juego de abalorios* es el nombre dado a la actividad de una minoría de ascetas y eruditos dedicados, en el año 2400, a conservar el legado cultural del pasado, llamada la «orden castalia». Este juego, hecho con perlas de vidrio con las que se pueden hacer com-

binaciones musicales, matemáticas y lingüísticas, simboliza la unidad de todos los saberes intelectuales y artísticos. Sin embargo, fuera de la escuela «castalia» sigue existiendo la gente normal, los no privilegiados, que mantienen a esos mandarines. El protagonista, Joseph Knecht («siervo»), dejará su puesto de «magister castaliae» para entregarse a la humanidad sufriente y auténtica, sirviéndola. La serenidad abstracta no le basta. Pero transmitirá a un discípulo la sabiduría, de manera que ambos mundos, el elitista y el de masas, se beneficien mutuamente.

En conclusión, no se puede basar la valoración de Hesse en sus primeras obras, en que hace una literatura idílica, de fuga romántica hacia la naturaleza, en una estática ensoñación de adolescente. Desde 1918, con su retiro a la interioridad y su rechazo de la civilización en bloque, busca una nueva solidaridad. La «Bildung» o formación de sus héroes se realiza a pesar y en contra de la sociedad, a diferencia de los de Goethe. El desconcierto sociocultural de la posguerra ataca de raíz la consistencia ontológica del sujeto y le priva de un horizonte de valores: para Hesse no hay ninguna totalidad preconstituida, segura, que pueda integrar al individuo; éste debe conquistarla y rehacerla. En este sentido, Hesse, a la zaga de Nietzsche, tiene una dimensión estimulante, renovadora, que puede ser su aportación más seria para la conquista de un nuevo humanismo. Sin ser un escritor típicamente «engagé», desde el retiro a su intimidad es algo más que un irracionalista o un utopista. Atrae a la juventud porque en su individualismo hay una rebelión «asocial» contra la burguesía y el progreso, pero destinada, paradójicamente, a acabar con lo caduco del humanismo burgués y su mixtificación abstracta, culturalista, del individuo como poseedor de bienes y atributos. Hesse es mucho más que un «poeta del placer» para «hippies»; aunque coincida con Freud en que «la felicidad no es un bien de la cultura», ha sabido asumir el sentido del dolor que hace posible, a través de la reconquista de sí mismo, la verdadera comunicación.

FEDERICO BERMUDEZ-CAÑETE

«Huerta Grande»
LA ZUBIA (Granada)